



CASSANDRA CLARE

Lady Midnight

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO

DESTINO

LIBRO 1

CAZADORES
DE SOMBRAS:
RENACIMIENTO

LADY MIDNIGHT

LA ISLA DEL TIEMPO

CAZADORES DE SOMBRAS: RENACIMIENTO

LADY MIDNIGHT

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

Para Holly
De los elfos, él era

UN SEPULCRO EN ESTE REINO

—No está funcionando —afirmó Emma—. Me refiero a esta relación.

Se oyeron unos ruidos desconsolados al otro lado del teléfono. A Emma le costó descifrar lo que le decían: la señal no era especialmente buena en el tejado del bar Sepulcro. Fue de un lado al otro sobre el borde del tejado, sin dejar de echar miradas al patio central. Las luces eléctricas colgaban de los jacarandás, y elegantes sillas y mesas ultramodernas se repartían por todo el patio. Chicos y chicas, igualmente elegantes y ultramodernos, abarrotaban el lugar, con copas de vino destellándoles en la mano como límpidas burbujas de colores rojo, blanco y rosa. Alguien había alquilado el local para una fiesta privada: una pancarta con lentejuelas colgaba entre dos árboles, y los camareros se abrían paso entre la multitud portando bandejas de alpaca con canapés.

Había algo en la elegante escena que hizo que Emma tuviera ganas de estropearla tirándoles algunas tejas o saltando para caer con una pirueta en medio de la gente. Pero la Clave la encerraría durante una buena temporada si se le ocurría hacer algo así. Se suponía que los mundanos no debían ver nunca a los cazadores de sombras. Incluso si Emma saltaba en medio del patio, ninguno de los

asistentes a la fiesta la vería. Estaba protegida por runas de *glamour* que Cristina le había dibujado y que la hacían invisible para cualquiera que no poseyera la Visión.

Emma suspiró y volvió a llevarse el celular a la oreja.

—Bien, nuestra relación —se corrigió—. Nuestra relación no funciona.

—Emma. —El fuerte susurro de Cristina a su espalda hizo que Emma se volviera, con los pies en equilibrio en el mismísimo borde.

Estaba sentada en la parte de arriba del tejado, sacándole brillo a un cuchillo arrojadizo con un trapo azul claro que hacía juego con las cintas que le mantenían el cabello apartado de la cara. Cristina era pulcra y organizada; conseguía estar tan linda y profesional en su ropa de combate como la mayoría de la gente lo estaría en un traje sastre. Su medallón de la buena suerte relució, dorado, en el hueco del cuello, y el anillo familiar, con un dibujo de rosas, por Rosales, destelló en la mano con la que dejó el cuchillo, envuelto en el trapo, junto a ella.

—Emma, recuerda, sé firme. Tú decides.

Cameron seguía parlotando al otro lado del teléfono, algo sobre verse para hablar, cosa que Emma sabía que no serviría de nada. Se concentró en la escena que se desarrollaba abajo: ¿había una sombra deslizándose entre la gente o se lo estaba imaginando? Quizá solo estuviese viendo lo que quería ver. Por lo general, Johnny Rook era confiable y había parecido bastante seguro de lo de esa noche, pero Emma no soportaba estar preparada esperando que pasara algo y luego encontrarse con que no habría ninguna pelea en la que descargar toda esa energía.

—No eres tú, soy yo —dijo al teléfono. Cristina le mostró los pulgares en alto—. Yo estoy harta de ti. —Sonrió tan alegremente que Cristina dejó caer la cara entre las manos—. Así que ¿por qué no volvemos a ser solo amigos?

Se oyó el clic de Cameron cortando la comunicación. Emma se colgó el celular del cinturón y volvió a mirar a la gente. Nada. Moles-
ta, subió la pendiente del tejado y se sentó junto a Cristina.

—Bueno, podría haber ido mejor —comentó.

—¿Eso crees? —Cristina apartó la cara de las manos—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

Emma suspiró y tomó su estela, el delicado instrumento de escritura hecho de *adamas* con el que los cazadores de sombras se dibujaban las runas de protección en la piel. Tenía un mango tallado en hueso de demonio y se lo había regalado Jace Herondale, su primer amor. La mayoría de los cazadores de sombras gastaban tan rápidamente sus estelas como los mundanos los lápices, pero esta era especial para Emma, y la cuidaba tanto como su espada.

—Siempre ocurre lo mismo. Todo va bien, y entonces me despierto una mañana y me siento enferma con solo oírlo. —Miró a Cristina con cara de culpa—. Lo he intentado —añadió—. ¡He esperado semanas! Quería que la cosa mejorara. Pero no ha sido así.

Cristina le palmeó el brazo.

—Lo sé, *cuata* —dijo—. Pero no se te da bien lo de...

—¿El tacto? —sugirió Emma.

Cristina hablaba casi sin acento, y Emma olvidaba a menudo que el inglés no era su lengua materna. Por otro lado, Cristina dominaba varios idiomas además de su español nativo. Emma hablaba inglés y un poco de español, griego y latín; podía leer en tres idiomas demoníacos y maldecir en cinco.

—Iba a decir «las relaciones» —repuso Cristina. Le brillaron los ojos castaño oscuro—. Solo llevo dos meses aquí y te has olvidado de tres citas con Cameron y de su cumpleaños, y ahora cortas con él porque ha sido una patrulla nocturna aburrida.

—Está enganchado a los videojuegos —protestó Emma—. Odio los videojuegos.

—Nadie es perfecto, Emma.

—Pero algunas personas son más perfectas que otras. ¿No crees?

Una extraña expresión pasó por el rostro de Cristina, pero desapareció tan deprisa que Emma llegó a la conclusión de que se la había imaginado. A veces, algo recordaba a Emma que, por muy unida que se sintiera a Cristina, no la conocía; no la conocía del modo que co-

noía a Jules, del modo que se conoce a alguien con el que se han compartido todos los momentos desde la infancia. Lo que le había sucedido a Cristina en México, lo que fuera que la había hecho salir corriendo hacia Los Ángeles y alejarse de su familia y sus amigos, era algo que nunca le había contado.

—Bueno —dijo Cristina—, al menos has tenido la buena idea de traerme contigo para darte el apoyo moral que te ayude a superar estos momentos difíciles.

Emma la pinchó con la estela.

—No tenía planeado romper con Cameron. Estábamos aquí y él ha llamado, y su cara ha aparecido en el celular... Bueno, en realidad ha salido una llama, porque no tenía ninguna foto suya y puse la de una llama... y me ha puesto tan furiosa que no he podido evitarlo.

—Mal momento para ser una llama.

—¿Alguna vez es buen momento?

Emma le dio la vuelta a la estela y comenzó a dibujarse una runa de equilibrio en el brazo. Se enorgullecía de tener un equilibrio perfecto sin necesidad de las runas, pero en lo alto de un tejado no era mala idea asegurarse.

Pensó en Julian, en la lejana Inglaterra, y notó un pinchazo en el corazón. Le habría encantado comprobar que estaba siendo cuidadosa. Le habría dicho algo divertido, cariñoso y que se riera un poco de sí mismo. Lo echaba muchísimo de menos, pero suponía que siempre pasaba así cuando se era *parabatai*; unidos por la magia además de la amistad.

Añoraba a todos los Blackthorn. Había crecido con Julian y sus hermanos; había vivido con ellos desde los doce años, después de la muerte de sus padres y de que Julian, cuya madre había fallecido tiempo atrás, también hubiera perdido a su padre. De ser hija única había pasado a formar parte de una familia numerosa, ruidosa, alborotada y cariñosa. No siempre había sido fácil, pero los adoraba a todos, desde la tímida Drusilla hasta Tiberius, al que le encantaban las novelas de detectives. Se habían ido a principios del verano para visitar a su tía abuela en Sussex, ya que la familia Blackthorn proce-

día de Gran Bretaña. Marjorie, le había explicado Julian, tenía casi cien años y podía morir en cualquier momento. Tenían que ir a verla. Era un imperativo moral.

Y todos los Blackthorn se habían ido a pasar allí dos meses excepto su tío, el director del Instituto. Emma había sufrido un severo *shock* por la noticia. El Instituto se había cubierto de un gran silencio. Y lo peor era que cuando Julian no estaba, ella sentía su ausencia como un dolor constante aunque ligero en el pecho.

Salir con Cameron no le había servido de nada, pero la llegada de Cristina la había ayudado inmensamente. Era habitual que los cazadores de sombras, al cumplir los dieciocho años, visitaran Institutos en el extranjero para conocer las diferentes costumbres. Cristina había llegado a Los Ángeles desde Ciudad de México. Eso no habría tenido nada de extraño de no ser porque siempre parecía que estuviera escapando de algo. Emma y ella habían conectado de inmediato y se habían convertido en amigas íntimas mucho más rápido de lo que Emma habría creído posible.

—Al menos Diana estará contenta de que hayas cortado con Cameron —comentó Cristina—. Creo que no le gustaba nada.

Diana Wrayburn era la instructora de la familia Blackthorn. Era muy lista, muy severa y estaba muy harta de que Emma se durmiera en plena clase porque había salido la noche anterior.

—Diana cree que las relaciones solo nos distraen del estudio —afirmó Emma—. ¿Por qué salir con alguien cuando puedes aprender otro idioma demoníaco? Quiero decir, ¿quién no querría saber cómo decir «¿Vienes a menudo por aquí?» en purgático?

Cristina se echó a reír.

—Te pareces a Jaime. No le gustaba nada estudiar.

Emma aguzó el oído: Cristina hablaba muy pocas veces de la familia y los amigos que había dejado atrás en su país. Sabía que el tío de Cristina había dirigido el Instituto de Ciudad de México hasta que lo mataron durante la Guerra Oscura, y que entonces su madre se había hecho cargo de la dirección. Sabía que el padre de Cristina había muerto cuando ella era una niña. Pero poco más.

—Pero no a Diego. A él le encantaba. Estudiaba de más solo para divertirse.

—¿Diego? ¿El tipo perfecto? ¿Al que tu madre adora?

Emma comenzó a dibujarse en la piel con la estela, y la runa de visión distante tomó forma en su antebrazo. Su traje de combate tenía las mangas hasta el codo, y la piel que quedaba a la vista estaba marcada con las tenues cicatrices blancas de las runas empleadas tiempo atrás.

Cristina le sacó la estela a Emma.

—Ven. Deja que te lo haga yo. —Continuó dibujando la runa de visión distante. Cristina tenía mucha mano para las runas, era cuidadosa y precisa—. No quiero hablar de Diego *el Perfecto* —repuso—. Mi madre ya habla de él más que suficiente. ¿Te puedo hacer una pregunta sobre otra cosa?

Emma asintió con la cabeza. La presión de la estela sobre la piel le resultaba familiar, casi placentera.

—Ya sé que querías venir a este lugar porque Johnny Rook te dijo que habían encontrado cadáveres con escrituras en la piel y que cree que esta noche aparecerá uno aquí.

—Así es.

—Y crees que la escritura puede ser la misma que había en los cadáveres de tus padres.

Emma se tensó. No pudo evitarlo. Cualquier mención al asesinato de sus padres le dolía como si hubiera ocurrido el día anterior. Incluso cuando la persona que le hablaba de ello era alguien tan amable como Cristina.

—Sí.

—La Clave dice que fue Sebastian Morgenstern quien asesinó a tus padres —continuó Cristina—. Eso fue lo que me dijo Diana. Eso es lo que creen. Pero tú no crees que fuera así.

La Clave. Emma miró hacia la noche de Los Ángeles, hacia la brillante explosión de electricidad de su horizonte, a las filas y filas de vallas publicitarias que flanqueaban Sunset Boulevard. Hacía ya mucho tiempo, cuando la aprendió, le había parecido una palabra

inofensiva: «Clave». La Clave solo era el gobierno de los nefilim, constituido por todos los cazadores de sombras en activo mayores de dieciocho años.

En teoría, todos los cazadores de sombras tenían voz y voto por igual. Sin embargo, en realidad algunos eran más influyentes que otros: como en cualquier partido político, la Clave tenía sus corrupciones y sus prejuicios. Para los nefilim, eso significaba un estricto código de honor y unas reglas que todos los cazadores de sombras tenían que cumplir o se enfrentarían a severas consecuencias.

La Clave tenía un lema: «La Ley es dura, pero es la Ley». Todo cazador de sombras sabía lo que eso significaba. Las reglas de la Ley de la Clave debían obedecerse, por muy difícil o doloroso que fuera. La Ley estaba por encima de todo: las necesidades personales, la pena, la muerte, la injusticia, la traición. Era la Ley. Cuando la Clave le dijo a Emma que tenía que aceptar que sus padres habían sido asesinados en el contexto de la Guerra Oscura, le estaba exigiendo que lo hiciera.

Pero no lo había hecho.

—No —contestó Emma lentamente—. No lo creo.

Cristina se quedó sentada con la estela en la mano y la runa sin acabar. El *adamus* brillaba bajo la luna.

—¿Podrías decirme por qué?

—Sebastian Morgenstern estaba creando un ejército —contestó Emma sin dejar de mirar el mar de luces—. Convertía a los cazadores de sombras en monstruos a sus órdenes. No les marcaba el cuerpo con escritos en idiomas demoníacos y luego los tiraba al mar. Cuando los nefilim trataron de mover los cadáveres de mis padres, estos se deshicieron. Eso no ocurrió con ninguna de las víctimas de Sebastian. —Pasó el dedo por una teja—. Y... es una sensación. Pero no una sensación pasajera, sino algo que siempre he creído. Cada día estoy más convencida. Creo que la muerte de mis padres fue diferente. Y atribuirle eso a Sebastian significa... —Se interrumpió con un suspiro—. Lo siento. Estoy divagando. Mira, probablemente esto acabe en nada. No deberías preocuparte.

—Me preocupas tú —repuso Cristina, pero le puso de nuevo la estela sobre la piel y acabó la runa sin decir nada más.

Era algo que a Emma le había gustado de Cristina desde el momento en que la había conocido: nunca presionaba ni insistía.

Se miró complacida mientras Cristina volvía a sentarse, acabado el trabajo. La runa de visión distante destellaba, clara y limpia, en su brazo.

—La única persona que conozco que dibuja las runas mejor que tú es Julian —comentó—. Pero él es un artista...

—Julian, Julian, Julian —repitió Cristina en tono burlón—. Julian es pintor, Julian es un genio, Julian sabría cómo arreglar esto, Julian podría construir aquello... ¿Sabes?, durante las últimas siete semanas he oído tantas cosas maravillosas sobre Julian que está empezando a preocuparme que, en cuanto lo vea, me enamore de él.

Emma se limpió los restos de tierra de las manos en los pantalones. Se sentía inquieta y tensa. Preparada para la lucha y sin nada contra lo que luchar. No era raro que quisiera saltar a la primera.

—No creo que sea tu tipo —replicó—. Pero es mi *parabatai*, así que no soy objetiva.

—Siempre quise tener un *parabatai* —dijo Cristina un poco melancólica, devolviéndole la estela—. Alguien que ha jurado protegerte y guardarte las espaldas. Un amigo para siempre, para toda la vida.

«Un amigo para siempre, para toda la vida.» Cuando sus padres murieron, Emma luchó por quedarse con los Blackthorn. En parte porque había perdido todo lo que le era familiar y no podía soportar la idea de comenzar de nuevo y en parte porque quería permanecer en Los Ángeles e investigar la muerte de sus padres.

Podría haber sido incómodo; podría haberse sentido una intrusa en la familia, siendo ella la única Carstairs, pero nunca había sido así gracias a Jules. *Parabatai* era más que amistad, más que un lazo familiar; era un vínculo que unía de una forma indestructible, de una manera que todos los cazadores de sombras respetaban y reconocían del mismo modo que el que existía entre esposos.

Nadie podía separar a los *parabatai*. Nadie osaría siquiera intentarlo: los *parabatai* eran más fuertes juntos. Luchaban codo con codo como si pudieran leerse el pensamiento. Una runa dibujada por el *parabatai* era más poderosa que diez runas trazadas por cualquier otra persona. A menudo, los *parabatai* hacían que sus cenizas se enterraran en la misma tumba, para no estar separados ni siquiera en la muerte.

No todos tenían un *parabatai*; de hecho, no era muy común tenerlo. Era un compromiso de unión para toda la vida. Se juraba estar al lado de la otra persona, se juraba protegerla siempre, ir a donde ella iba, considerar su familia como propia. Las palabras del juramento eran de la Biblia y muy antiguas: «Allí adonde tú vayas, yo iré; tu gente será mi gente; donde tú mueras, yo moriré, y allí seré enterrado».

Si hubiera un término para eso en el idioma mundano, pensó Emma, sería «alma gemela». Un alma gemela platónica. No estaba permitido mantener una relación amorosa con el *parabatai*. Como tantas otras cosas, iba en contra de la Ley. Emma nunca había sabido por qué, le parecía que no tenía ningún sentido, pero en realidad eso pasaba con gran parte de la Ley. No tenía sentido que la Clave hubiera exiliado y abandonado a los medio hermanos de Julian, Helen y Mark, sencillamente porque su madre había sido un hada, pero también habían hecho eso cuando establecieron la Paz Fría.

Emma se puso en pie y se colgó la estela del cinturón de armas.

—Bueno, los Blackthorn vuelven pasado mañana. Conocerás a Jules. —Se acercó de nuevo al borde del tejado, y esta vez oyó un roce de botas sobre las tejas que le dijo que Cristina estaba detrás de ella—. ¿Ves algo?

—Quizá no esté pasando nada. —Cristina se encogió de hombros—. Tal vez solo sea una fiesta.

—Johnny Rook parecía muy seguro —masculló Emma.

—¿Diana no te había prohibido explícitamente que fueras a verlo?

—Puede que me dijera que dejara de verlo —reconoció Emma—. Incluso puede haberlo llamado «un delincuente que comete críme-

nes», lo que, todo sea dicho, me pareció demasiado duro, pero no dijo que no pudiera ir al Mercado de Sombras.

—Porque todo el mundo sabe ya que los cazadores de sombras no deben ir al Mercado de Sombras.

Emma no hizo caso a eso.

—Y si me encontré a Rook casualmente en el mercado, y él dejó caer cierta información mientras charlábamos y a mí se me cayó algo de dinero, ¿quién puede decir que eso sea «pagar por información»? Solo dos amigos; uno descuidado con sus chismes y la otra descuidada con sus finanzas...

—Ese no es el espíritu de la Ley, Emma. ¿Recuerdas?: «La Ley es dura, pero es la Ley».

—Pensaba que era: «La Ley es un engorro, pero también es flexible».

—Ese no es el lema. Y Diana te va a matar.

—No si resolvemos los asesinatos. El fin justifica los medios. Y si no ocurre nada, no tiene por qué enterarse de todo esto. ¿De acuerdo?

Cristina guardó silencio.

—¿De acuerdo...? —insistió Emma.

Cristina soltó un grito ahogado.

—¿Lo ves? —preguntó, señalando.

Emma lo vio. Era un hombre alto, elegante y de pelo lacio, con la piel clara y la ropa hecha a medida, que se movía entre la gente. Al pasar, hombres y mujeres se volvían para mirarlo, boquiabiertos y fascinados.

—Está cubierto por un *glamour* —dijo Cristina.

Emma arqueó una ceja. El *glamour* era una ilusión mágica que solían emplear los subterráneos para ocultarse de los ojos mundanos. Los cazadores de sombras disponían de Marcas que tenían el mismo efecto, aunque los nefilim no las consideraban magia. La magia era cosa de brujos; las runas eran un regalo del Ángel.

—La cuestión es si es vampiro o hada.

Emma vaciló. El hombre se estaba acercando a una joven con unos tacos muy altos y una copa de champán en la mano. El rostro

de la chica se tornó inexpresivo mientras él le hablaba. La joven asintió amablemente, alzó las manos y se desabrochó el grueso collar de oro que llevaba. Lo dejó caer sobre la mano extendida del hombre y le sonrió mientras este se lo guardaba en el bolsillo.

—Hada —concluyó Emma llevándose las manos al cinturón de armas.

Las hadas lo complicaban todo. De acuerdo con la Ley de la Paz Fría, un cazador de sombras que no hubiera llegado a la edad adulta no tenía que relacionarse en absoluto con las hadas. Las hadas, la raza maldita y prohibida de los subterráneos, estaban más allá del límite desde la Paz Fría, que les había arrebatado sus derechos, sus ejércitos y sus posesiones. Sus tierras ancestrales ya no se consideraban de su propiedad, y otros subterráneos luchaban por decidir quién podría reclamarlas. Evitar esas batallas representaba una gran parte de los asuntos que ocupaban al Instituto de Los Ángeles, pero era competencia de los cazadores de sombras adultos. Los de la edad de Emma no debían relacionarse directamente con las hadas.

En teoría.

«La Ley es un engorro, pero es flexible.» Emma sacó una bolsita de tela de la faltriquera que llevaba en el cinturón y comenzó a abrirla mientras el hada pasaba de la mujer sonriente a un esbelto hombre con una chaqueta negra, quien le cedió amablemente sus carísimos gemelos. El hada se hallaba en ese momento justo bajo Emma y Cristina.

—A los vampiros no les importa el oro, pero los seres mágicos pagan tributo a su rey o su reina en oro, joyas y otros tesoros.

—He oído que la corte noseelie paga en sangre humana —repuso Cristina muy seria.

—Hoy no —replicó Emma mientras abría la bolsa que tenía en la mano y volcaba el contenido sobre la cabeza del hada.

Cristina ahogó un grito de horror cuando el hada soltó un grito grave y el *glamour* comenzó a caérsele como la piel de una serpiente.

Un coro de chillidos se alzó de la multitud cuando se mostró el

verdadero aspecto del hada. Le crecían ramas de la frente, como cuernos retorcidos; su piel era del verde oscuro del musgo, agrietada por todas partes como la corteza de un árbol. Sus manos de tres dedos eran garras en forma de espátulas.

—Emma —se alarmó Cristina—. Debemos detener esto ahora... Llama a los Hermanos Silenciosos...

Pero Emma ya había saltado.

Durante un instante se sintió ingrávida, atravesando el aire. Luego aterrizó con las rodillas flexionadas, como le habían enseñado. Qué bien recordaba aquellos primeros saltos desde grandes alturas, las caídas torpes que le provocaban luxaciones, y los días que tenía que esperar para sanar antes de volver a intentarlo.

Ya no. Emma se alzó y miró al hada a través de la multitud que huía despavorida. Brillantes en medio de su rostro rugoso como la corteza de un árbol, los ojos del hada eran amarillos igual que los de un gato.

—Cazador de sombras —masculló siseante.

Los asistentes a la fiesta huían del patio saltando las verjas que daban al estacionamiento. Ninguno de ellos vio a Emma. Aunque el instinto pareció habérseles activado y los hizo esquivarla como el agua rodeando los pilares de un puente.

Emma llevó la mano por encima del hombro y la cerró alrededor de la empuñadura de su espada, *Cortana*. Desenvainó la hoja, como un haz de luz dorada rasgando el aire, y apuntó con ella al hada.

—No —replicó Emma—. Soy un anuncio. Este es mi disfraz.

El hada la miró confuso.

Emma suspiró.

—Cuesta tanto ser irónica con los seres mágicos... Nunca entienden las bromas.

—Somos muy conocidos por nuestras befas, burlas y baladas —replicó el hada ofendido—. Tenemos baladas que duran semanas.

—No tengo tanto tiempo —dijo Emma—. Soy cazadora de sombras. Replica rápido y muere joven. —Agitó la punta de *Cortana*, impaciente—. Y ahora, saca todo lo que llevas en los bolsillos.

—No he hecho nada que viole la Paz Fría —le espetó el hada.

—Técnicamente es cierto, pero tampoco nos gusta que roben a los mundanos —explicó Emma—. Vacíate los bolsillos o te arrancaré un cuerno y te lo meteré por donde la espalda pierde su digno nombre.

El hada la miró con expresión perpleja.

—¿Dónde pierde la espalda su digno nombre? ¿Es una adivinanza?

Emma soltó un suspiro de resignación y alzó la espada.

—Vacíatelos o empezaré a arrancarte la corteza. Acabo de romper con mi novio y no estoy de muy buen humor.

Poco a poco, el hada fue vaciándose los bolsillos y poniéndolo todo en el suelo, sin dejar de mirarla fijamente.

—Así que te has quedado sola —comentó—. Nunca me lo habría imaginado.

Se oyó un grito ahogado desde arriba.

—Vaya, eso sí que es ser grosero —dijo Cristina, asomada por el borde del tejado.

—Muchas gracias, Cristina —dijo Emma—. Eso ha sido un golpe bajo. Y para tu información, chico hada, he sido yo quien ha roto con él.

El hada se encogió de hombros. Fue un gesto que consiguió expresar varios tipos de «no me importa» al mismo tiempo.

—Aunque no sé por qué —añadió Cristina—. Era muy buen chico.

Emma puso los ojos en blanco. El hada seguía depositando su botín: pendientes, billeteras de piel caras y anillos de diamantes caían al suelo en una reluciente cacofonía. Emma hizo acopio de toda su paciencia. No le importaban demasiado las joyas, ni tampoco que fueran robadas. Estaba buscando armas, libros de hechizos, cualquier señal de magia negra que pudiera asociar con los escritos sobre la piel de sus padres.

—Los Ashdown y los Carstairs no se tragan —explicó—. Todo el mundo lo sabe.

Y entonces el hada pareció quedarse paralizado.

—Carstairs —barbotó con sus ojos amarillos clavados en ella—. ¿Eres Emma Carstairs?

La cazadora de sombras parpadeó, tomada por sorpresa. Alzó la mirada: Cristina había desaparecido del borde del tejado.

—Creo que no nos conocemos. Me acordaría de haber hablado con un árbol.

—¿De verdad? —Unas manos espatuladas se sacudían a los costados del hada—. Me habría esperado un tratamiento más amable. ¿O es que tú y tus amigos del Instituto se han olvidado tan rápido de Mark Blackthorn?

—¿Mark?

Emma se quedó helada, incapaz de controlar su reacción. En ese momento, algo destelló hacia su cara. El hada le había lanzado un collar de diamantes. Emma lo esquivó, pero el broche le dio en la mejilla. Notó un dolor punzante y el calor de la sangre.

Se irguió rápidamente, pero el hada había desaparecido. Soltó una maldición mientras se limpiaba la sangre del rostro.

—¡Emma! —Era Cristina, que había bajado del tejado y estaba junto a una salida de emergencia—. ¡Ha salido por aquí!

Emma corrió hacia ella, abrieron juntas la puerta de una pata-
da y salieron al callejón de detrás del bar. Estaba sorprendentemente oscuro; alguien había roto las farolas cercanas. Los contenedores junto a las paredes apestaban a comida podrida y a alcohol. Emma notó arder su runa de visión distante y al final del callejón distinguió la delgada silueta del hada que saltaba hacia la izquierda.

Salió corriendo tras él. Cristina seguía a su lado. Emma había pasado tanta parte de su vida corriendo con Julian que le costaba un poco adaptarse a los pasos de otra persona. Aceleró tanto como pudo. Las hadas eran rápidas, muy rápidas. Cristina y ella torcieron la siguiente esquina, donde se estrechaba el callejón. El hada fugitivo había juntado dos contenedores para bloquearles el paso. Emma saltó sobre uno de ellos y lo empleó para impulsarse en una voltereta, con las botas resonando contra el metal.

Cayó hacia delante y aterrizó sobre algo blando. Notó tela bajo los dedos. Ropa. Ropa sobre un cuerpo humano. Ropa mojada. El hedor a sudor y podredumbre lo llenaba todo. Vio ante ella un rostro hinchado y muerto.

Emma contuvo un grito. Un instante después se oyó otro clac y Cristina cayó a su lado. Emma oyó a su amiga soltar para sí una exclamación de asombro en su español nativo. Luego notó que los brazos de Cristina la rodeaban y la apartaban del cadáver. Acabó sobre el asfalto, en una posición rara, incapaz de dejar de mirar el cuerpo.

El muerto era inconfundiblemente humano. Un hombre de mediana edad, con hombros redondos y una mata de cabello plateado como la melena de un león. Tenía trozos de piel quemada, negra y roja, con ampollas donde las quemaduras eran más graves, como la espuma de una pastilla de jabón.

Su camisa gris estaba abierta, y sobre el pecho y los brazos tenía renglones de runas negras, pero no las de los cazadores de sombras, sino la retorcida escritura de algún idioma demoníaco. Eran unas marcas que Emma conocía tan bien como las cicatrices del dorso de sus propias manos. Durante cinco años había estado mirando de forma obsesiva las fotos de esas marcas: era la escritura que la Clave había hallado en los cadáveres de sus padres.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina.

Emma estaba apoyada en la pared de ladrillo del callejón, que olía de un modo muy cuestionable y estaba cubierta de pintadas, y lanzaba miradas penetrantes como láseres al cadáver del mundano y a los Hermanos Silenciosos que lo rodeaban.

Lo primero que hizo Emma en cuanto fue capaz de pensar con claridad, fue llamar a los Hermanos y a Diana. En ese momento estaba dudando de que hubiera sido una buena decisión. Los Hermanos Silenciosos habían llegado al instante y estaban examinando el cadáver, a veces volviéndose para hablar entre ellos con sus voces sin

sonido; registraban, examinaban y tomaban notas. Habían colocado runas de protección con las que se daban tiempo para trabajar antes de que llegara la policía mundana; pero de un modo muy educado, firme y que solo había requerido un ligero uso de la fuerza telepática, habían impedido a Emma acercarse al cadáver.

—Estoy furiosa —soltó esta—. Tengo que ver esas marcas. Tengo que sacarles fotos. Fue a mis padres a quienes mataron. Pero ¿qué les importa eso a los Hermanos Silenciosos? Solo he conocido a un Hermano Silencioso que valiera la pena, y dejó de serlo.

Cristina abrió mucho los ojos. De algún modo, en medio de todo el lío, había conseguido mantener limpio su traje de combate, y se la veía fresca y con las mejillas sonrosadas. Emma se imaginó a sí misma con una pinta espeluznante: el pelo alborotado apuntando en todas direcciones y la ropa llena de manchas de la suciedad del callejón.

—Esto en ti es algo habitual —comentó Cristina.

Los Hermanos Silenciosos eran cazadores de sombras que habían elegido apartarse del mundo, como monjes, y dedicarse por completo al estudio y la curación. Habitaban la Ciudad Silenciosa, enormes cavernas subterráneas donde también se enterraba a la mayoría de los cazadores de sombras muertos. Lucían unas terribles cicatrices que eran el resultado del empleo de unas runas demasiado potentes para la piel humana, incluso la de los cazadores de sombras, pero también eran unas runas que los hacían casi inmortales. Eran consejeros, archiveros y sanadores, y también podían hacer uso del poder de la Espada Mortal.

Habían sido ellos los que habían realizado la ceremonia de *parabatai* entre Emma y Julian. Estaban en las bodas, en los nacimientos y en las muertes. Cualquier momento importante de la vida de un cazador de sombras estaba marcado por la aparición de un Hermano Silencioso.

Emma pensó en el único Hermano Silencioso que le había caído bien. A veces, aún lo echaba de menos.

De repente, el callejón se iluminó como si se hubiera hecho de

día. Parpadeando, Emma se volvió y vio una camioneta que se había detenido en la entrada. Dejando los faros encendidos, Diana Wrayburn saltó del asiento del conductor.

Cuando Diana había comenzado a trabajar como instructora de los niños del Instituto de Los Ángeles, cinco años atrás, Emma pensó que era la mujer más hermosa que había visto nunca. Era alta, esbelta y elegante, el tatuaje de un pez *koi* plateado resaltaba sobre la oscura piel de su anguloso pómulo. En sus ojos castaños había rastros de verde, y en ese momento brillaban con el fuego de la furia. Llevaba un vestido negro hasta los tobillos que le caía en elegantes pliegues. Parecía la peligrosa diosa romana de la caza cuyo nombre llevaba.

—¡Emma! ¡Cristina! —Corrió hacia ellas—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Están bien?

Por un momento, Emma dejó de observar el cadáver y se permitió disfrutar del feroz abrazo. Diana era demasiado joven para que Emma pensara en ella como en una madre, pero quizá podría ser como una hermana mayor. Alguien protector. Diana la soltó y abrazó a Cristina, que pareció sorprenderse. Hacía tiempo que Emma tenía la sospecha que en casa de Cristina no se prodigaban demasiado los abrazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tratando de abrir un agujero en el cráneo del hermano Enoch con la mirada?

—Estábamos de patrulla... —comenzó Emma.

—Hemos visto a un hada robando a humanos —añadió Cristina rápidamente.

—Sí. Lo he detenido y le he dicho que se vaciara los bolsillos...

—¿Un hada? —Una expresión de inquietud cruzó el rostro de Diana—. Emma, ya sabes que no debes enfrentarte a los seres mágicos, incluso aunque estés con Cristina...

—Ya he peleado antes contra los seres mágicos —replicó Emma.

Era cierto. Tanto Diana como ella habían luchado en Alacante cuando el Ejército Oscuro de Sebastian había atacado la ciudad. Las calles estaban llenas de guerreros hada. Para protegerlos, los adultos

se había llevado a los niños al interior del Salón de los Acuerdos, donde se suponía que estarían a salvo. Pero las hadas habían roto los cierres...

Diana había estado allí, blandiendo su letal espada a derecha e izquierda, salvando a docenas de niños. Emma era una de ellos. Desde entonces sentía un enorme cariño por Diana.

—He tenido una corazonada —continuó—, la sensación de que algo más importante y peor estaba sucediendo, así que he seguido al hada cuando ha salido huyendo. Ya sé que no debería haberlo hecho, pero... Y entonces me he tropezado con este cuerpo. Está cubierto con las mismas marcas que los cadáveres de mis padres. ¡Las mismas marcas, Diana!

Esta se volvió hacia Cristina.

—¿Puedes dejarnos solas un momento, por favor, Tina?

La muchacha vaciló. Pero como invitada en el Instituto de Los Ángeles, una joven cazadora de sombras de permiso tenía que hacer lo que el personal del Instituto le pidiera. Echó una mirada a Emma y se apartó, dirigiéndose al lugar donde seguía yaciendo el cadáver. Este se hallaba rodeado de un círculo de Hermanos Silenciosos con sus hábitos de color pergamino, como una bandada de pálidos pájaros. Estaban rociando las marcas con una especie de polvo brillante, o al menos eso parecía. A Emma le habría gustado estar más cerca y poder verlo bien.

Diana dejó escapar el aire.

—Emma, ¿estás segura?

Esta se tragó una réplica furibunda. Entendía por qué se lo preguntaba Diana. Durante esos años habían encontrado tantos rastros falsos..., tantas veces Emma había pensado haber dado con una pista o con una traducción de los escritos o con alguna historia en un periódico mundano... Y siempre había estado equivocada.

—No quiero que te hagas muchas ilusiones —dijo Diana.

—Lo sé —repuso Emma—. Pero no debería pasarlo por alto. No puedo. ¿Tú me crees? Tú siempre me has creído, ¿verdad?

—¿Que Sebastian Morgenstern no mató a tus padres? Cariño, ya

sabes que sí. —Diana le dio unas palmaditas en el hombro—. Pero no quiero que sufras, y además sin Julian aquí...

Emma esperó a que continuara.

—Bueno, sin Julian aquí seguro que sufrirás con más facilidad. Los *parabatai* hacen como de amortiguador, el uno para el otro. Sé que eres fuerte, pero esto es algo que te hirió muy profundamente cuando solo eras una niña. Es la Emma de doce años la que reacciona ante cualquier cosa que tenga que ver con tus padres, no la Emma casi adulta. —Diana hizo una mueca y se tocó el costado de la cabeza—. Me llama el hermano Enoch —explicó. Los Hermanos Silenciosos podían comunicarse con los cazadores de sombras por medio de una telepatía que solo estos podían oír, aunque también la podían proyectar en grupo si era necesario—. ¿Te ves con fuerzas para volver sola al Instituto?

—Sí, pero si pudiera ver ese cadáver otra vez...

—Los Hermanos Silenciosos dicen que no —respondió Diana con firmeza—. Me enteraré de todo lo que pueda y te lo contaré luego. ¿De acuerdo?

Emma asintió a regañadientes.

—De acuerdo.

Diana fue hacia los Hermanos Silenciosos y se detuvo un instante a hablar con Cristina. Cuando Emma llegó al coche que tenía estacionado, Cristina ya estaba con ella, y ambas se subieron en silencio.

Emma permaneció quieta en el asiento durante un momento, agotada, con las llaves colgándole de la mano. En el retrovisor veía el callejón, iluminado como un estadio de béisbol por los potentes faros de la camioneta. Diana estaba entre los Hermanos Silenciosos. Los polvos caídos al suelo se veían blancos en medio del resplandor.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina.

Emma se volvió hacia ella.

—Tienes que contarme lo que has visto —le rogó—. Cuando te has acercado al cadáver. ¿Has oído si Diana les decía algo a los Hermanos? ¿Son las mismas marcas?

—No tengo que decírtelo —contestó Cristina.

—Ehhh... —Emma se interrumpió. Se sentía fatal. Había sido una noche horrible: había perdido a un criminal hada, también su oportunidad de examinar el cadáver, y tal vez hubiera herido los sentimientos de Cristina—. Ya sé que no. Lo siento mucho, Cristina. No pretendía meterte en líos. Pero es que...

—No me refiero a eso. —Cristina buscó algo en el bolsillo del traje—. He dicho que no tengo que decírtelo porque te lo puedo enseñar. Toma. Mira esto. —Le acercó su celular, y a Emma el corazón le dio un salto en el pecho; Cristina estaba pasando, una tras otra, las fotos que había hecho del cadáver, de los Hermanos, del callejón, de la sangre... Todo.

—Cristina, ¡te quiero! —exclamó Emma—. ¡Me casaré contigo, te lo prometo!

Cristina soltó una risita.

—Mi madre ya ha elegido con quién me voy a casar, ¿recuerdas? Imagínate lo que diría si volviera a casa contigo.

—¿No crees que yo le gustaría más que Diego *el Perfecto*?

—Creo que se podrían oír sus gritos desde Idris.

Idris era el país de origen de los cazadores de sombras, donde habían sido creados, donde se asentaba la Clave. Era un rincón entre Francia, Alemania y Suiza, oculto mediante hechizos de los ojos de los humanos. La Guerra Oscura había arrasado su capital, Alacante, que aún se estaba reconstruyendo.

Emma se rio. Sentía que el alivio le recorría el cuerpo. Por fin tenía algo. Una pista, como diría Tiberius, que se pasaba el día con la cabeza metida en alguna novela de detectives.

Con la repentina sensación de añorar a Ty, puso en marcha el coche.

—¿De verdad le has dicho a ese hada que has sido tú quien ha roto con Cameron y no al revés? —preguntó Cristina.

—Por favor, no se lo digas a nadie —repuso Emma—. No me siento muy orgullosa.

Cristina soltó un bufido burlón. Totalmente inadecuado para una señorita.

—Cuando lleguemos, ¿puedes venir a mi habitación? —preguntó Emma mientras encendía los faros—. Quiero mostrarte algo.

Cristina frunció el cejo.

—No será una extraña marca de nacimiento o una verruga, ¿verdad? Mi abuela me dijo una vez que quería mostrarme algo y resultó ser una verruga que tenía en...

—¡No es ninguna verruga!

Mientras Emma arrancaba el coche y se mezclaba con el tráfico, notó que la ansiedad le bullía en las venas. Por lo general, se sentía agotada después de una pelea, cuando le bajaba la adrenalina.

Sin embargo, en ese momento estaba a punto de mostrarle a Cristina algo que solo Julian había visto. Algo de lo que ella no estaba exactamente orgullosa. Y no podía evitar preguntarse cómo se lo tomaría Cristina.